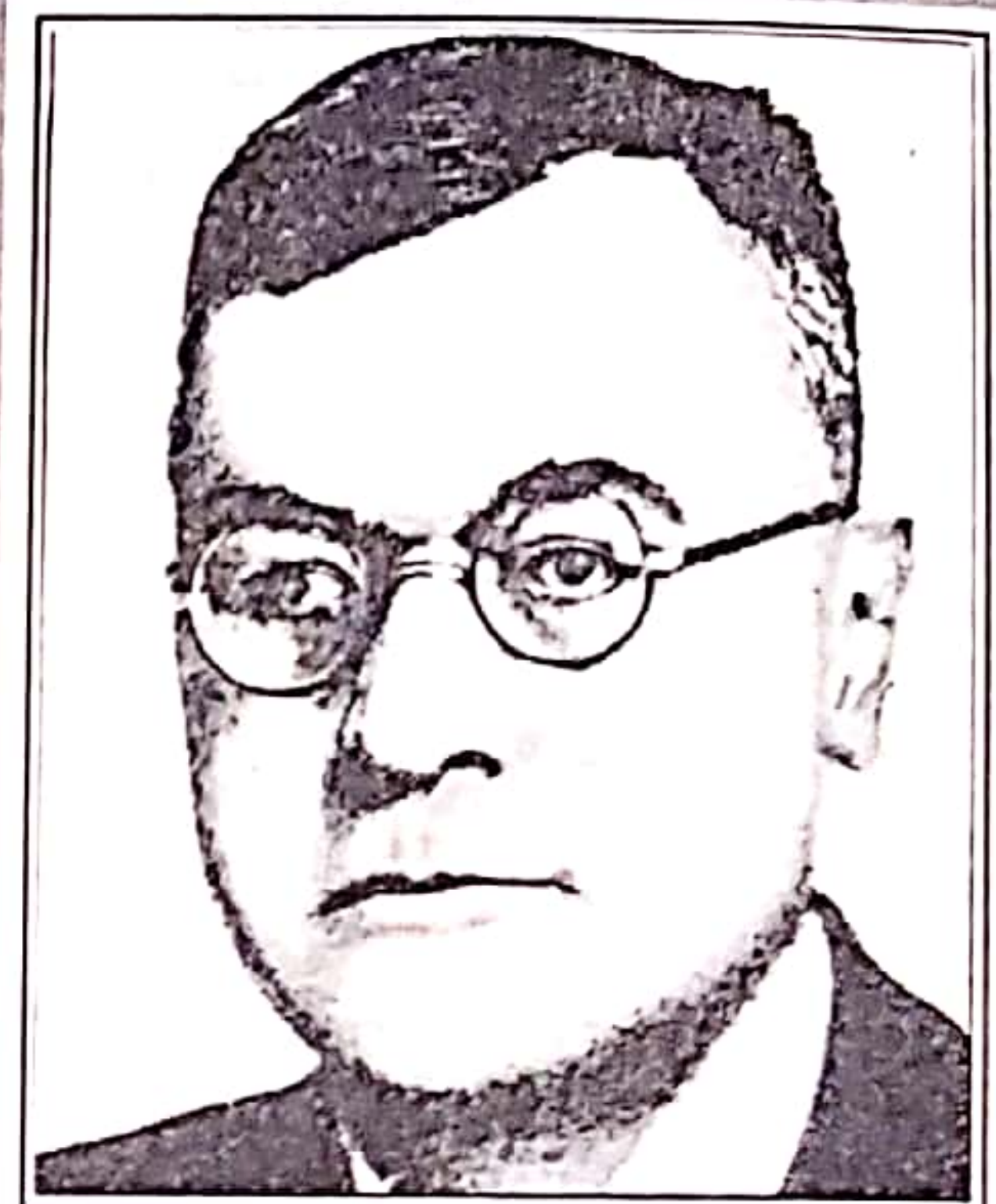


Antonio José de Sainz

Antonio José de Sainz, 1894 - 1959. Abogado, poeta y periodista. Desde muy temprana edad, cimentó su formación espiritual y profesional en Oruro, donde ejerció importantes cargos, como el Rectorado de la Universidad San Agustín (UTO). Poeta de gran sensibilidad, ha publicado, desde 1912: Cantos del Sendero, Ritmos de Lucha, Véspero, Collar de Opalos, Camino sin Retorno y Solar de Indias. "En la generación de líridas bolivianos representada por Reynolds, Capriles y Nicolás Ortiz, Antonio José de Sainz fue, indudablemente una de las mentalidades más brillantes y vigorosas".



Casa solariega

En un suburbio de la villa
se ve la casa;
nadie recuerda a los que fueron sus moradores
y así se yergue, sola y triste, como un fantasma

Sólo el pasado
buscó refugio en el silencio de sus estancias;
recuerdan horas ya vividas,
las horas muertas, en voz baja.

En la penumbra misteriosa de los salones,
con lentos pasos cautelosos el tiempo pasa,
y en el ambiente se percibe
como un aroma de nostalgia.

Tal vez un duende se desliza por los rincones,
y alguien contempla en un espejo su faz macabra,
o alguna mano
de un modo leve tiente el hierro de las aldabas.

De tarde en tarde, en la calleja
han resonado unas pisadas,
y en los sombríos corredores responde el eco
con un murmullo de plegaria.

Como un conjuro, como el llanto de un alma en pena
el viento helado
dice, quien sabe, qué secretos en la ventana.

Mora ruinoso el viejo muro que cerca el patio.
Rasgando el velo de la niebla despunta el alba.
La lluvia tiene un ritmo triste, cansadas notas,
voces de ausencia desolada.

Cuando la hierba se marchite y el sol se aleje
y el campo brille con la escarcha,
ya las viajeras golondrinas habrán huido
del tosco alero de la casa.

Allá, a lo lejos, se dibujan
llenas de nieves las montañas;
por la llanura amarillenta viejos caminos
se van perdiendo, solitarios, en la distancia...

Crepúsculo

Al hundirse la tarde en el vacío,
el viento melancólico se queja
y el eco vago de su angustia deja
sobre los campos lívidos de frío.

Entre fangosas márgenes, el río
por un instante en su cristal refleja
la pálida bandada que se aleja
volando en el crepúsculo sombrío.

Esas aves errantes de albas plumas,
despiertan la nostalgia de las brumas:
¡el hondo mal que no tendrá remedio!

Y sólo escucha el alma entristecida
la voz glacial y bárbara del tedio,
el indecible tedio de la vida...

El yermo

Cuando extingue su ardiente luminaria
la tarde en el confin, roja vislumbre
pone sobre la faz de antigua cumbre,
cós mica pesadumbre milenaria.

Dios el cansado viento su plegaria;
y el campo, con doliente mansedumbre,
se va apagando en la postrera lumbre,
tras el grito de un ave solitaria.

Más tarde, el ala blanca de la luna
deslumbra el sueño de la noche bruna;
parece, entonces, que la noche piensa...

Y desde el cielo pálido y profundo
baja la angustia, la quietud intensa
de un silencio infinito sobre el mundo.